

ALGUNAS REPRESENTACIONES ESPACIALES DEL FIN DE LA HISTORIA EN LA ARGENTINA. Una interpretación

Luis Sagasti¹
U.N.S.

Con un aliento que reconoce en la liturgia cristiana una inspiración que se adivina involuntaria e inevitable, transcurre lo que denominaremos el *Gran Año Argentino*. Un segmento de recta que la liturgia del Estado repite anualmente y que durante el siglo que pasó constituyó el corpus de conocimientos históricos obligatorios que un alumno de la escuela primaria y secundaria debía conocer de la Argentina.

Este segmento de recta, que comienza el 25 de Mayo y finaliza con la muerte de Sarmiento el 11 de Septiembre, da por supuesto que lo que continúa después de 1880 no son ya hechos históricos sino sucesos de una índole ontológica diferente: para el pensamiento conservador, la historia que debe enseñarse en la escuela había terminado una vez que el estado argentino se hubo organizado definitivamente. Una vez pacificado el país, conquistado su territorio, delimitadas las fronteras, establecidas sus instituciones, el tiempo histórico se detiene. Lo que sigue, claro, son ajustes, perfeccionamientos, redondeos, notas a pie de página. La *Historia Argentina* llega hasta que la campaña se transforma en desierto y más tarde en renta y se señalan los límites del país. El tiempo histórico termina cuando el espacio ya ha sido íntegramente ocupado por la luz de Mayo, cuando la Razón ha organizado las cosas o, lo que es lo mismo, la barbarie ha sido derrotada, dejada fuera del territorio. Es decir, la Historia finaliza entonces cuando al Otro – el bárbaro- se lo hace entrar en razón, o sea: deja de ser bárbaro. Entrar en razón es acomodarse al flujo de enunciados de quien ejerce el poder de convicción no por la fortaleza de sus argumentos sino por la pólvora que los sostiene. (Ningún grupo de poder abandona sus privilegios porque el otro tiene argumentos sustentados racionalmente).

Bien sabe de todo esto el general Mitre que, después de Caseros, concibe la fundación del Instituto Histórico y Geográfico del Plata.

¹ luissagasti@hotmail.com

La narración histórica con la cual los alumnos argentinos son educados por el estado finaliza con la inauguración de un milenio cerealero y de vacas gordas. Finalizado el *Gran Año Argentino* lo único que cabe es ordeñar vacas y contar cereales por toneladas.

Esta idea de la Historia concluye en una suerte de puntos suspensivos que son la cifra de extensión indefinida del Progreso. Los manuales de historia del secundario, por lo menos hasta la última dictadura, terminaban con la enumeración de los logros de los gobiernos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda. De allí en más cabía imaginarse una sucesión administrativa cada vez más eficaz y menos perfectible. Lo que seguía no era tema de conversación y sí de certezas. Hubo un tiempo en que las cosas estaban tan bien que el alumno conocía más los nombres de las razas vacunas que los nombres de los presidentes. Granero del mundo, crisol de razas, ¡el cuarto o quinto país del mundo!

Pues bien, a esta idea de la Historia corresponde, ya sabemos, una liturgia circular que reitera año a año *el Gran Año*. La intención es que lo circular sea el tiempo y no el espacio. En un espacio circular todos se encuentran en un pie de igualdad porque todos equidistan de un centro; el tiempo circular lo hace en torno a un pivot inmutable, el axis mundi, por donde se asciende al cielo de los arquetipos. El Cabildo, en nuestro caso: verdadero pantóptico que observa que nada se salga del círculo de los acontecimientos, que nada se aleje de la luz de Mayo.

Recordemos que por protocolo, el ejército debe desfilarse sobre la Avenida de Mayo. Marca a paso redoblado ese segmento de recta que va desde la Plaza de 1810 al Congreso de 1862. Movimiento en el espacio que es a la vez un movimiento de retorno en el tiempo. Por eso el desfile se dirige del Congreso a la Plaza, desde la Unidad Nacional hasta los Orígenes de la Historia. La coreografía castrense concilia con precisa geometría el círculo con la línea recta: el eterno retorno de un relato siempre igual sí mismo.

La Historia Argentina comienza a escribirse una vez que la burguesía terrateniente ha decidido que su conclusión solo puede ser leída como la definitiva consolidación de su propio poder. De otra manera: una vez conformado el estado nacional se requiere un relato que narre la ascendencia de estos hombres y confundir, como bien sabía Victoria Ocampo, la historia de una nación con la historia de un grupo de familias. Vincular un territorio a un apellido, la genealogía con la geología, equivale a ser parte de la naturaleza del lugar, asumir

que el poder, los privilegios obtenidos, son naturales, propios. A la manera de las primeras teogonías y genealogías reales del próximo oriente, que vinculaban a los reyes con ancestros semidivinos. El capítulo final de la *Historia de la Nación Argentina* de la Academia, titulado *Mitre y la Unión Nacional*, está escrito por Mariano de Vedia y Mitre. Culminando su estudio, refiriéndose al Congreso Nacional de 1862 anota: "Tocaría a Mitre la gloria insigne de realizar esa aspiración patriótica que todo habían perseguido en vano por más de medio siglo" (de Vedia y Mitre, 1947: 39). Lo que sigue en el volumen son dos breves capítulos dedicados a la música y la literatura. Fuera del cuerpo central de la *Historia*, se editan dos volúmenes más dedicados a la historia de las provincias.

Los presidentes de la Academia Nacional de la Historia, nacida como Junta Numismática Americana, en 1893, así como los académicos de número, pertenecen a familias que han sido protagonistas del Gran Relato o al menos actores de reparto o figurantes más o menos permanentes. Ricardo Levene es, sin duda, el presidente más emblemático. El enfoque general de los análisis políticos es mayormente jurídico. Levene es abogado después de todo, o sea un verdadero *histor*, término griego de donde deriva *historia* y que refería a una suerte de juez de instrucción o de árbitro que señalaba a cuál de las partes en disputa lo asistía el derecho. La edición monumental de la *Historia de la Nación Argentina*, por él dirigida, publicada desde 1936 a 1950, llega hasta 1862, es decir, cuando en el gobierno de Mitre se inicia la definitiva organización institucional del país. Pero los puntos suspensivos del progreso indefinido no se le escapan a Levene ya que prevé saldar una deuda: examinar "los valores que se han incorporado (para el) engrandecimiento de República y los hombres que la han presidido", anuncia en el prólogo (Levene, 1947: 15). Entusiasmado por los volúmenes recibidos, el historiador André Fugier le escribe: "el país ya está maduro para producir este monumento de ciencia histórica" (Levene, 1947: 41).

Ingresar a la primera edición de la *Historia de la Nación Argentina* de la Academia es como entrar al colegio. Si en la escuela bustos y placas recordatorias reciben al estudiante como si entrara a un mausoleo, aquí el lector es recibido por las interminables listas de los académicos de número, los académicos correspondientes en las distintas provincias, en países de América y de países de Europa, la lista de los académicos de número fallecidos –de los cuales figura la fecha de nacimiento, la de su incorporación a la academia y la de la muerte-, la

lista de medallas acuñadas, las medallas acuñadas en honor a los académicos fallecidos. Un vestíbulo de bronce.

La obra tiene un carácter talmúdico, entomológico: detalles de alhaja en cada hecho narrado. Los documentos a diseccionar encima de la mesa. Este afán de recordar todo, de examinar cada partícula, ¿no es propio de aquellos que sienten próxima la muerte? Los que han sobrevivido a accidentes cuando la muerte ya se daba por segura, cuentan que en un momento, un segundo no más, se les pasa la vida por delante de los ojos. Íntegra, sin omitir nada. Así se ejercía en esos años la memoria histórica en la Historia de la Academia. La oligarquía sabe que sus días están contados, el país hace mucho que es otro, la casa está siendo tomada, y, sabiéndolo bien como lo saben, se elevan por sobre los contrarios para abandonar no el barro de la historia pero sí el lodo de la historiografía: Levene en el prólogo: “una escuela ha proclamado que el sujeto de la historia argentina es el pueblo, y otra erige en tal carácter al hombre genial o a la clase dirigente. El pueblo dirigido por su héroe, he ahí otra alta expresión de la síntesis histórica” (Levene, 1947: 14)².

Levene señala que el último tomo aparecerá en 1950, bajo el signo auspicioso y tutelar de San Martín, de allí que la obra se dedique a su memoria. Estudiar la historia, reescribirla constituye el camino que conduce al descubrimiento del alma nacional, aclara. En el prólogo al volumen VII anuncia que se ha trazado el plan orgánico para continuar la publicación de la obra hasta el Centenario de la Revolución de Mayo. O sea, seguir por la línea de puntos hasta la apoteosis definitiva.

En la celebración del Centenario, el *Gran Año Argentino* sale del aula y de los libros de lectura y gana la calle y las plazas. Acaso los fastos no hubieran sido tan exagerados sino fuera por la presencia de la gran masa inmigratoria, las demandas sindicales, la presencia del anarquismo y socialismo. Hay un esfuerzo muy manifiesto por cerrar el círculo de la Historia Argentina; dejar en claro de una bendita vez que ya ha terminado. Miguel Cané: “Los argentinos cada vez somos menos. Cerremos el círculo y velemos sobre él.”

² No es muy diferente de la idea que tiene Eva Perón de la Historia. Ella interpreta que las etapas más ricas son aquellas “en que se ha dado el milagro de que “el hombre” encuentre la manera de conducir a un pueblo hacia sus altas regiones, o de que “un pueblo” encuentre a “un hombre” que lo sepa conducir para escribir una página brillante en la historia de la humanidad.” (Perón, 1952: 26, 27)

Pero si se pretende clausurar el tiempo histórico debe cerrarse el espacio geográfico y político a quienes pretendan modificaciones o reivindicaciones de naturaleza económica y social. Como si las ideas tuvieran patria, las ideologías que impulsan las demandas sociales de los inmigrantes, así como la naturaleza de las organizaciones obreras, son vistas como extranjeras y extranjerizantes. O sea: este no es su espacio. El problema social, ya ha sido señalado más de una vez, se transforma entonces en un problema nacional. La ley de defensa social de 1909 controla el ingreso de inmigrantes, prohíbe reuniones políticas y amenaza con la pena de muerte a quien atente contra el orden público, incite a la huelga o insulte a las autoridades nacionales. El Centenario se celebra bajo estado de sitio, o sea con la suspensión de los derechos consagrados por la Constitución. Lo que a primera vista cabría interpretar como una abierta contradicción con lo que se pretende celebrar, en verdad se trata del cerrojo jurídico que pone en claro la naturaleza del relato histórico que se pretende instaurar. El estado de sitio, al suspender las garantías constitucionales, puede leerse como un intento de que nada debe ser cambiado, todo debe dejar de fluir, el estado de sitio es solidario con la solidez e inmovilidad de los monumentos que festejan la Revolución. En el año del Centenario se registran 298 huelgas, y se acuña un número mayor de medallas.

El sentido histórico, afirmaba Ricardo Rojas en la *Restauración Nacionalista*, se forma con la pedagogía de las estatuas. Sin embargo, el "afán por la construcción de las estatuas y monumentos se inicia en 1887, simultáneamente con el intento de vivificar las fiestas patrias" (Bertoni, 1992: 15). Al año de la Revolución ya se había instalado en la plaza una pirámide que pone en claro el carácter irreversible de la acción política. En 1910 se prevé quitarla y emplazar allí el monumento de la Revolución. En 1914 se traslada la pirámide al centro de la plaza y se la interpreta como la pobreza material de quienes hicieron la revolución. Una lectura nada inocente: al enfrentar la pirámide a los palacios exuberantes construidos en las avenidas se corrobora el éxito definitivo de la Revolución o sea se declara su inalterabilidad.

En el Centenario se decide también rendir homenaje a la Asamblea del Año XIII, a la bandera, a España, al Congreso de Tucumán, a Mariano Moreno, a San Martín. O sea, a cada uno de los mojones que llevan a la construcción de la gesta histórica. Mayo se revela no solo como el comienzo de la Historia sino que el *Gran Año Argentino* en su totalidad se encuentra contenido allí, como una suerte de

aleph. No otra cosa interpretan los visitantes ilustres –Anatole France, George Clemenceau, Guillermo Marconi–: conocer Buenos Aires es conocer la Argentina, en ella están concentrados todos los puntos; pasear por la Avenida de Mayo es recorrer el país, visitar el cementerio de la Recoleta es pasear por la Historia Argentina. No es extraño entonces que en una casa del barrio de Belgrano, donde vive Argentino Daneri, haya un lugar donde está concentrado el universo.

Los monumentos conmemorativos del Centenario “debían aportar el plus simbólico necesario al espacio urbano, de modo de que éste se constituyese en escenario de los rituales patrióticos, que el propio aparato del Estado había comenzado a instaurar en la escuela pública, los desfiles y los actos oficiales, etc” (Cirvini, 2003: 3).

Las bases del concurso sobre el Monumento a Mayo no eran para nada específicas sobre el significado que debía tener, así como tampoco se aclaraba qué debía hacerse con la Pirámide de Mayo. Como el concurso se extiende al extranjero, se imprime un folleto explicativo para los concursantes titulado: *Breve reseña histórica para los artistas extranjeros que tomen parte en el concurso del monumento a la Revolución de Mayo*. En este folleto se repite el esquema aleph: La reseña explica la “Revolución Argentina” como un gran relato, donde los hechos de Mayo de 1810 aparecen como el momento inicial de ese proceso lineal y progresivo que desemboca en el presente de 1910 (Bertoni, 1992: 8). O sea que el extranjero que quiera presentarse al concurso deberá tener en cuenta que la Revolución y los hechos que la suceden son una y la misma cosa. Roberto J. Payró está en lo cierto cuando afirma que pareciera que en 1910 se ensalza más el Centenario que el 25 de Mayo. De hecho, la euforia termina en redundancia: la autocelebración –la reafirmación contundente de los derechos de la clase dominante– se exhibe sin disimulo cuando se le encarga al paisajista Carlos Thays la construcción del Parque Centenario: un espacio verde dedicado al esparcimiento, el jardín de las delicias (ya lo eran los bosques de Palermo). Por otra parte, un rápido vistazo por los bocetos presentados revela un anacronismo conmovedor. Acierta Lugones al señalar que las maquetas presentadas al concurso parecen sepulcros militares (Bertoni, 1992: 14). Nada mal cuando se acuerda que la Historia ha muerto. Finalmente el monumento a la Revolución nunca se construyó. Habían ganado Brizzolara y Moretti, escultor y arquitecto, respectivamente. Se trataba de un verdadero axis mundi donde bien arriba, inalcanzable, quedaba la imagen de la libertad, la gloria, la patria.

No solo monumentos conoce el Centenario sino también las formas arquitectónicas de la desmesura. Tribunales, el Congreso, el Teatro Colón. Se trata de un valor de doble entrada: por un lado la monumentalidad expresa el logro de la Razón, el Progreso, el triunfo de Mayo, por otra parte se trata de espacios donde solamente se pueden llevar a cabo acciones o rituales que consoliden el poder. Administrar justicia, elaborar leyes sin representación de la mayoría del pueblo, celebrar veladas artísticas para una elite conservadora que devuelve ofendida las entradas cuando a Isadora Duncan se le ocurre bailar, en 1916, en un café, el "*Himno Nacional*" envuelta en la bandera. Ella no entiende qué es lo que ocurre. Ya lo había hecho con "La Marsellesa" en Francia. Al parecer, Buenos Aires se parece a París solo en la arquitectura.

Francia dona para las celebraciones un monumento-aleph que conmemora el Cruce de los Andes y la Primera Junta, por un lado, y la Toma de la Bastilla y el Juramento de la Cancha de Pelota, por otro. Los ingleses obsequian la torre. Arriba del todo colocan un reloj. La torre controla que, tanto el horario de llegada del tren como el de salida de los barcos, sea puntual. Si el Cabildo es el panóptico que vela por la estabilidad política, la torre de los ingleses lo hace por la economía: las inversiones deben ser custodiadas. El ojo del amo. Espacio y tiempo también se conjugan entre estas naciones amigas el día de su inauguración. Presentes estaban el presidente Victorino de la Plaza y el ministro plenipotenciario Reginald Tower.

Si en claro no queda que el Centenario es apoteosis, allí está el *Canto a la Argentina*, de Rubén Darío. La Argentina es el paraíso terrestre, el vellocino de oro, la Atlántida resucitada, la Sión de los judíos, la tierra precisa para crear otra España, una nueva Suiza. La estancia, un edén. La Argentina del Centenario es expresión de una totalidad y, por lo tanto, amalgama de contrarios, por eso la presencia del oxímoron en sus versos: el mar que no amarga, el Sahara fecundo, la babel donde todos se comprenden. Un espacio cuyas heridas han cicatrizado y todas se han integrado al cuerpo nuevo, de allí que el canto alcance tanto a capitanes hispanos, orgullosos virreyes, patricios, héroes de la guerra gaucha. El Centenario es fiesta, canta una y otra vez Darío y las imágenes siempre son sonoras; trompetas del milenio. Conciliación de los contrarios: la Historia Argentina ha finalizado.

Y si esto es así, deberán suprimirse algunos nombres. Veamos: contar una historia es *dar nombre* a una serie de sucesos, también es dejar afuera otros,

claro; es encerrar entre palabras y gestos aquello que no queremos que se desmadre, es decir, que se aparte de sus ancestros. O bien, rodearla de silencio cosa que delate a quien la pronuncia. Un hombre es revivido cuando su nombre es pronunciado, dice la inscripción de la tumba de Petosiris, sumo sacerdote de Thot en Hermópolis. Por eso la Libertadora prohíbe el nombre Perón. Lo que se nombra regresa, sabe esta gente.

Hay otras palabras que son como la carta robada de Poe, que nadie lee porque a la vista de todos se encuentra. Dicha y reiterada únicamente en espacios consagrados, el término *Revolución de Mayo* solo se pronuncia en los discursos, en los actos escolares y en los libros de historia. Es decir la *Revolución* es, ante todo, relato. Se trata de un acontecimiento que sucedió allá en el Principio y por lo tanto al constituir el fundamento de un orden no puede tener una localización espacial de ninguna índole. Entonces, así como la Independencia tiene sus parques, avenidas y plazas, el binomio *Revolución de Mayo* fue desterrado de la topografía y toponimia argentina. No hay nada que lleve su nombre. Sí: *Mayo* o *25 de Mayo*: plazas, parques, avenidas, clubes, instituciones, orquestas, pero *Revolución de Mayo*, no. En claro estaba: la Revolución se hizo en lo alto, se hizo una vez sola y para siempre. No fue capaz de crear ningún espacio sino que por el contrario los cerró todos en el discurso verticalista que sostiene y define. Nada que se extienda en el espacio lleva su nombre. Lo sagrado no debe tocar el suelo: así como no lo hacía la bandera, nada se llama *Revolución de Mayo*. Entonces, la Revolución es encerrada en un relato que, además de caracterizarla como absolutamente razonable y racional, fruto maduro del Iluminismo, oculta, desvanece, ignora todo aquello que de alguna forma da sensación de irracionalidad por parte de sus actores. El plan de operaciones de Moreno es el ejemplo más claro.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTONI, Lilia, *Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891*, Buenos Aires, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", tercera serie, n° 5, 1992.
- CIRVINI, Silvia, *Los concursos del Centenario. El caso del "Monumento a Mayo"*, Mendoza, ponencia presentada en el II Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, 2003.

DE VEDIA Y MITRE, Mariano, "Mitre y la Unión Nacional", en LEVENE, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia - Ed. El Ateneo, vol. VIII, 1947.

LEVENE, Ricardo (dir.), *op. cit*, 1947.

PERÓN, Eva, *Historia del Peronismo* (versión taquigráfica del Curso dictado en la Escuela Superior Peronista), Buenos Aires, Ediciones Mundo Peronista, 1952.